

RAÚL RUEDA

NAVAJA PELUDA

Raúl Rueda (1993, Guadalajara, México) es historiador del arte, curador y pintor. Vive y trabaja en Ciudad de México. Posee una maestría en Historia del Arte por la Universidad Nacional Autónoma de México y una licenciatura en Historia del Arte por la Universidad de Guadalajara.

Ha presentado su obra en exposiciones colectivas en Guadalajara y Ciudad de México. Al mismo tiempo, ha desarrollado su labor curatorial y crítica en instituciones y galerías como el Museo Cabañas, el Museo Carrillo Gil, la Galería Curro y la Galería Arróniz, donde ha curado exposiciones y redactado textos expositivos, así como ensayos críticos para publicaciones periódicas. Actualmente forma parte del equipo curatorial del Museo de Arte Moderno.

Entre sus publicaciones se encuentran la *Guía de Murales en Guadalajara* (Secretaría de Cultura de Jalisco–Arquitónica, 2021) y un capítulo en *Los andamios de la memoria: 100 años de Muralismo en Jalisco* (Secretaría de Cultura de Jalisco, 2023), proyectos que reafirman su interés por los procesos históricos y las narrativas visuales en los espacios públicos.

Reflejo oscuro, tiempos complejos, espejo que se rompe y corta. En estas pinturas, el mono se inserta en habitaciones vacías como una presencia desplazada: extraído de su entorno, es inscrito en un espacio humano que lo vuelve reflejo y anomalía al mismo tiempo. Su figura oscila entre lo familiar y lo extraño, como si en ella se condensara una imagen torcida de nosotros mismos. En ese traslado, lo natural no desaparece, sino que se vuelve inquietante, una rareza que revela la fragilidad de las fronteras entre lo humano y lo animal.

En la cosmovisión mexicana, el mono no es únicamente un animal, sino una figura cargada de significados complejos: asociado al movimiento, al juego, a la sexualidad y a las artes, encarna una energía vital que desborda el orden. Como signo calendárico, remite a una temporalidad cíclica y a una sensibilidad ligada a la creación y al exceso. Esta condición ambivalente: entre lo lúdico y lo desbordado, entre la gracia y la perturbación, resuena en las pinturas, donde el mono aparece suspendido en espacios que parecen negarle precisamente ese flujo vital. Al quedar contenido en la habitación, su energía no desaparece, sino que se repliega y se vuelve tensión: un eco contenido de aquello que insiste en moverse.

En este sentido, la obra dialoga con la noción de lo raro desarrollada por Mark Fischer: aquello que no debería estar ahí, pero está. El mono, inserto en un interior humano, disloca la realidad, no es simplemente un intruso, sino una presencia que desajusta las coordenadas de lo real. A su vez, las habitaciones vacías evocan lo espeluznante: espacios donde algo parece haber ocurrido o estar por ocurrir, pero cuya causalidad permanece ausente. Así, entre lo raro y lo espeluznante, las pinturas producen una atmósfera donde la percepción se vuelve inestable y el sentido, provisional.

El espejo articula estas tensiones. No devuelve una identidad estable, sino que fragmenta, desdobra y desincroniza. Los monos no se encuentran en su reflejo, se pierden en él. Como los espejos de obsidiana (superficies oscuras utilizadas como oráculos), aquí el reflejo es también herida y umbral: una navaja que corta la continuidad de lo real y abre la posibilidad de otros tiempos, otras presencias. En este espacio suspendido, donde la imagen es al mismo tiempo aparición y desaparición, el mono deja de ser solo un cuerpo observado y se convierte en un agente que activa lo incierto: una figura que, como en el pensamiento mexicano, vincula creación, deseo y transformación con lo desconocido.